

CUARTILLAS DE PARIS

Los que no volverán

Me ha emocionado el artículo de Caastrovido. No volverán Vicente Blasco Ibáñez, Enrique de Mesa, Eduardo Gómez de Baquero. Falta un nombre en la trágica lista: el de Martí Vilanova, muerto el mismo día en que la amnistía puso fin a su destierro. Tengo ante mis ojos, húmedos de lágrimas, su esquela de defunción, redactada en catalán: «Martí Vilanova, exiliat a França per haver estimat la seva terra, ha mort.»

Amigos piadosos lleven su cadáver a Cataluña, la tierra que él amó. Vuelve sin existir el que vivió los últimos años de su existencia pensando en la alegría del regreso. En la estación de Austerlitz le hemos dado un adios dramático. Martí Vilanova no volverá a ver su dulce Cataluña.

Era un joven entusiasta, inteligente, con exaltaciones mediterráneas y fortaleza de montañés. No había cumplido aún los 30 años cuando tuvo que refugiarse en Francia. Abandonó su hacienda de Figueras, mermada por persecuciones. Vivió aquí modestamente, con su esposa y su hijo, trabajando, escribiendo. Era uno de los orientadores del «Estat Catalá», el partido que dirige el honrado, el idealista don Francisco Maciá. Tomó parte en la heroica, inverosímil, quijotesca expedición que no iba dirigida contra España sino contra la dictadura española.

Recuerdo a Martí Vilanova en la cárcel de la Santé y, más tarde, en la audiencia del proceso. Vestía como los otros compañeros de aventura, una especie de uniforme de guerrillero. Estaban todos orgullosos de sentarse en el banquillo, de compartir aquel honor con el «sabuelo», como familiarmente llamaban a Maciá. Les asqueaba sólo la presencia, a sus lados, del ministro, falso Ricciotti Garibaldi. Formaban un grupo de jóvenes iluminados, vibrantes, nerviosos: poetas, estudiantes, obreros del campo, rodeando la enjuta y simbólica figura del Don Quijote catalán.

Terminado el proceso, Martí Vilanova logró quedarse en Francia, para dedicarse a sus trabajos literarios y periodísticos. Montó, para ayudar a su subsistencia, un pequeño comercio de aparatos eléctricos. Vivía esperando. Todas sus esperanzas desfilaban ante él, como pájaros de luz, cuando leyó—¡al fin!—, en la Prensa francesa, el derrumbe de la dictadura. Aquel mismo día encargó a un amigo que se ocupara de venderle la tienda, de liquidarle el negocio. El partía para su tierra, para Figueras; preparaba ávidamente el regreso. Aquella misma noche cayó enfermo: una congestión pulmonar. Su esquela de defunción y el decreto de amnistía llevan la misma fecha.

Don Francisco Maciá, desterrado en Bélgica, no ha podido venir a París para despedir en este último viaje al pobre amigo. La amnistía del Gobierno español no ha anulado su expulsión de Francia. En este caso, como en el de Ortega y Gasset, el Gobierno francés se muestra más papista que el Papa. Se ha excusado, según me dicen, con la presencia de Primo de Rivera en París. No creo que la coincidencia hubiera provocado ningún incidente.

Es cierto que Primo de Rivera está en París. A la misma hora en que nosotros acompañábamos el cadáver de Martí Vilanova a la estación de Austerlitz, Primo de Rivera—leo en los periódicos—estaba escogiendo unas corbatas en una camisería muy elegante del faubourg Saint-Germain.

CARLOS ESPLA.

París, Febrero.

Sig. A2B,C9E.
SIG.: 1.2b/750